

Porfirio Barba-Jacob

Canción en lo cóncavo del día

· antología arbitraria ·



· Colección Yarumo · 2 · Poetas Antioqueños ·

Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020

Unidos por la Cultura

Modalidad: El Almacén de las Palabras

Canción en lo cóncavo del día

· antología arbitraria ·

©Herederos Porfirio Barba-Jacob
©Nuevas Voces Editores

Editor: Camilo Restrepo Monsalve
Diseño de carátulas: Manuela Salinas Sierra
Diagramación: Camilo Restrepo Monsalve
Desarrollo de la aplicación: Juan Felipe López

La presente plaquette se realiza con autorización del autor, su fin es divulgativo, pertenece a la Colección Yarumo de PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña. Descarga la aplicación PoetApp en el AppStore y disfruta de su versión electrónica.

Proyecto apoyado por el Instituto de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Antioquia, a través de la convocatoria de estímulos 2020, Unidos por la Cultura, Modalidad: El almacén de las palabras.

Porfirio Barba-Jacob

Canción en lo cóncavo del día

· antología arbitraria ·

Selección de Camilo Restrepo



Colección Yarumo

PoetApp: biblioteca portátil de poesía antioqueña

Nuevas Voces Editores

Balada de la loca alegría

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-
soy un perdido -soy un marihuano-
a beber -a danzar al son de mi canción...

Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.
Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.
¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!
Danzad al soplo de Dionisos que embriaga el corazón...
La Muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio: ¡polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón!

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-
soy un perdido -soy un marihuano-
a beber -a danzar al son de mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,
de Numidia ardorosa y de toda la rosa
de los vientos que beben las águilas romanas,
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.
Danzad en voluptuosos, lúbricos episodios,
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.

Flaminio, de cabellos de amaranto,
busca para Heliogábalo en las termas
varones de placer... Alzad el canto,
reíd, danzad en báquica alegría,
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.
La muerte viene. Todo será polvo:
¡polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,
polvo de Ovidio, polvo de Nerón!

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-
soy un perdido -soy un marihuano-
a beber -a danzar al son de mi canción...

Aldeanas del Cauca con olor de azucena,
montañas de Antioquia con dulzor de colmena,
infantinas de Lima -unciosas y augurales-
y princesas de México, que es como la alacena
familiar que resguarda los más dulces panales;
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
ardorosos, baldíos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;
mozuelos de la grata Cuscatlán -¡Oh ambrosía!-
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras,
entrad en la danza, en el feliz torbellino,
reíd, jugad al son de mi canción:
la piña y la guanábana aroman el camino,
y un vino de palmeras aduerme el corazón.
La Muerte viene, todo será polvo:
¡polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,

polvo en la urna, y rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón!

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-
soy un perdido -soy un marihuano-
a beber -a danzar al son de mi canción...

La noche es bella en su embriaguez de mieles,
la tierra es grata en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos,
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos...
¡Que el jugo de las viñas me alivie el corazón!
A beber, A danzar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, inútil la ilusión...

Envío (A Leopoldo de la Rosa)

A ti que me reprochas el arcano
sentido del amor que está en mi verso,
fúlgido y hondo, lúgubre y arcano,
te hablo en la triste vanidad del verso:
tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,
ni un grito apenas del afán del mundo
podrá hallar eco en la oquedad vacía...
El polvo reina -¡EL POLVO, EL IRACUNDO!

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

México, 1921

Canción de la vida profunda

El hombre es una cosa vana, variable y ondeante...

MONTAIGNE

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la Gloria nos sonríe.
La vida es clara, undívaga, y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende, con sus profusas lámparas,
en rútiles monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
(¡niñez en el crepúsculo! ¡Lagunas de zafir!)
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos puede consolar.

Mas hay también ¡Oh Tierra! un día... un día... un día...
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables
¡un día en que ya nadie nos puede retener!

Domador, triunfador

Domador, triunfador, hombre de hierro:
tu grey de esclavos ágiles y rudos
conjura contra mí, que en mi defensa
no he de mover las manos fatigadas
o vengan a romper en la llanura
mis huesos y mi carne tus mastines.
Clava en mí tus puñales homicidas,
desgárrame, ya es hora...
Estoy como los niños bajo el golpe,
como las rosas líricas de mayo
bajo el viento y la lluvia.
Mi exigua juventud te brindo.
Ningún tesoro en mi pobreza escondo.
Tengo un poco de amor... ¿Y no le tienen
las bestias más humildes?
El cuello blandamente
dispongo a los verdugos
y con piedad extraña
sonrío en la tragedia
Mas rendido también, el perro humilde
que tu misericordia logra apenas,
¿no alza con avidez los grandes ojos
para besar la mano que le hiere?
clava en mi carne el acerado garfio
de un extraño tormento;
échala a consumirse entre la llama
y sus cenizas desparrama al viento.

La gracia incógnita

I

Nube sombría, grávida de noche,
que enluta los oleajes del invierno,
así su frente; cejas enemigas
roban la escasa lumbre a sus ojuelos.
Y es su sonrisa como un alba fúnebre.
Y es su ademán como un blandir de hierros.
La boca innoble y ávida destila,
-fruto de Satanás- hondos venenos.

Mas en la sombra y el callado instante
del suspirar, del anhelar sereno,
cuando tiemblan los astros en las aguas
y está en los pozos el caudal del cielo,
el hombre aquel inclina la cabeza,
oye un tumulto lírico en su pecho,
y sus ásperas formas armonizan
del mundo con el plácido concierto.

¿En dónde está la gracia
de un rostro que yo he visto?

II

Muertos lagos nocturnos, en sus ojos
la claridad del valle se destiñe,
y la encendida, innumerable tierra
en borrosos espectros se deslía.

Las mieles del amor entre sus labios
congela un viento soporoso y triste;
opresa de los músculos su alma
tan sólo amargos pensamientos rige.

Pero después, en las purpúreas horas
en que la tarde, conmovida, rinde
sus violetas al mar, y en los pinares
ardiente soplo de inquietud imprime,
ella, la joven lóbrega, se incendia
en albas de suavísimos matices,
mientras -cautivo de visión gozosa-
más allá de la tarde un niño ríe...

¿En dónde está la gracia
de un rostro que yo he visto?

III

Tétrica faz, indómitos mechones,
mano inhábil y lúgubre sonrisa...
Como arroyo que fluye entre los légamos,
su sangre es tarda, perezosa, fría.
La ancha cabeza intonsa mal sostienen
los desmedrados hombros; pensaríais
que se engendró del sueño con que tornan
las viejas de las fúnebres viglias.

Pero decidle una palabra dulce,
de humano amor con óleos prevenida,
un ritmo que sus nébulas evoque
la visión de una Cólquide divina,
y él arderá como el incienso rubio
puesto a expirar entre las brasas vivas,
mientras su faz anémica se enciende
con la hermosura de mil rosas íntimas..

¿En dónde está la gracia
de un rostro que yo he visto?

La reina

En nada creo, en nada... Como noche iracunda
llena del huracán, así es mi “Nada”.

En su fuente profunda
mi stirpe fue de hieles abrevada.

Solloza en mi razón un soplo frío
¡qué antiguo brío hiela en la inacción!
¡Desprecio de mí mismo: estoy llagado!
¡Desprecio de mí mismo: has gangrenado
mi corazón!

Ni un albo amor, ni un odio me estremece,
forma ciega en negrura ilimitada;
y a ritmo y ritmo el corazón parece
decir muriendo: “Nada... nada”.

Mi Musa fue de dioses engañada.

Al aura errante, al lampo del lucero,
al tremulante amor de un joven marinero,
en la cauda de noches opalinas pregunto:
“¿Qué enigma está en vosotros?” Y responde
—por mi carne de cirios alumbrada—
mi Musa en sus laureles desolada:
—Nada...

¡Oh Reina, rencorosa y enlutada!

Un hombre

Al doctor Eduardo Santos.

Los que no habéis llevado en el corazón el túbulo
de un Dios,
ni en las manos la sangre de un homicidio,
los que no comprendéis el horror de la conciencia
ante el universo,
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del ser,
los que no merecéis ni un honor supremo,
ni una suprema ignominia.

Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,
sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles,
los que no devanáis la ilusión del espacio y el tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño.

Los que tomáis el trigo del surco rencoroso
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles,
los que decís “Está amaneciendo”
y no lloráis el milagro del lirio del alba.

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos
en los tugurios del abandono y la miseria,
y en la mendicidad mirar los días
en una tortura sin pensamientos.

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como entre duras barras, en los abrazos férreos
de una pasión inicua,
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal:

Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso
de esta palabra: ¡UN HOMBRE!

La Habana, 1915

Pecado original

Vela sus rojos granos la granada
en purpúrea prisión; mansos y fieles,
cruzan tranquilamente los lebreles
por la tierra tranquila y sosegada.

La estrella está en sí misma embelesada,
tiene el trigal sus oros y sus mieles,
y la fuente de líquidos caireles
no pide al numen nada... nada... nada...

Todo se ajusta a ley: el monte, el río,
el mar profundo en su profunda ciencia,
su áspero hervor y su nocturno brío.

¡Sólo yo pierdo la inefable esencia
de la vida inocente, porque crío
tu gusano letal, concupiscencia!

“El imparcial”, Guatemala, septiembre 21 de 1922

Canción delirante

Coro:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión:
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.
Abrid, que llegan los trashumantes
de una ignorada, muelle Estambul.
¿A qué las fugas alucinantes,
si hay tras las arduas cumbres distantes
los mismos mares y el mismo azul?

Los embrujados:

Dolor, zozobra... puertas abiertas:
la marihuana, la tentación...
¡Cielos azules y alas abiertas!
Por vagos mares de ondas inciertas
vaga el esquiñe de la ilusión;
las viejas vides están desiertas,
mueve fantasmas el corazón,
y...

Los invertidos:

Ved nuestras úlceras en carne viva
que escuece el áspero soplo del mar.
Fue nuestra pobre carne cautiva
de una nefanda deidad activa
que los rubores vedan nombrar.

Coro:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión;
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.

Tercera canción delirante

Tralarí lará larí,
tralará larí lará...

Al amor el alma, vaso de ternuras;
al carmín del día, la alondra solar;
luz de estrellas claras a las liras puras,
armonium e incienso al altar...

Y a mi afán extraño, de equívoco anhelo,
a mi ronca y triste desesperación:
¿Un laurel andrógino? ¿La piedad de un velo?
¿O el cáрабо loco de mi corazón?

Tralarí larí lará,
tralará lará larí...

Con pavor mi carne ruge sus locuras.
Mi alma en ese rugir va.
De tantos rugidos en noches oscuras
no oigo nada... nada... Tralarí lará...
Y me abraso en llamas de lúgubre anhelo,
en una gozosa desesperación...

Mas un día... ¡un día llegaré hasta el cielo
con las llamaradas de mi corazón!

Síntesis

Yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante,
opreso en la urna del día,
engreído en mi corazón,
ebrio de mi fantasía,
y la eternidad adelante,
adelante...
adelante...

Elegía Platónica

Amo a un joven de insólita pureza,
todo de lumbré cándida investido:
la vida en él un nuevo dios empieza,
y ella en él cobra número y sentido.

Él, en su cotidiano movimiento
por ámbitos de bruma y gnomos y hada,
circunscribe las flámulas del viento
y el oro ufano en la espiga enarcada.

Ora fulgen los lagos por la estría...
Él es paz en el alba nemorosa.
Es canción en lo cóncavo del día.
Es lucero en el agua tenebrosa...

1932

Canción innominada

Ala bronca, de noche entenebrida,
rozó mi frente, conmovió mi vida,
y en vastos huracanes se rompió.
¡Iba mi esquife azul a la ventura!
¡Compensé mi dolor con mi locura,
y nadie ha sido más feliz que yo!

No tuve amor, y huían las hermosas
delante de mis furias monstruosas.
Lauros negros mi oprobio me ciñó.
Mas un lúgubre numen me consuela,
vuela el tiempo, mi numen canta y vuela,
¡y nadie ha sido más feliz que yo!

De las tumbas humildes se levanta
leve flor, en el aire un turpial canta,
y la tarde es ya el día que pasó.
Muda calma. Temblor. Melancolía.
¡Todo el dolor y toda la alegría,
y nadie ha sido más feliz que yo!

La Habana, 1915

Corazón

Tu, corazón, florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión:
tú mi corazón, un día serás viejo.

Tu ritmo de onda
de soplos de brisas de huertos de abril,
tu olor de esencia de fronda,
tu triste amor, tu ímpetu febril,

todo lo apagará con mano blanda
el tiempo, de quien eres un cautivo;
y yacerás en cárcel miseranda,
arcón exhausto, muerto supervivo.

Y tu melodía interna,
tu lúbrico ardor extraviado,
tu ronco són de cisterna,
ya entonces habrán pasado.

¡Ah, corazón florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión...
Ah, mi corazón...
Ah, mi corazón...

San Antonio, Texas, 1921

ÍNDICE

Balada de la loca alegría · 7 ·
Canción de la vida profunda · 10 ·
Domador, triunfador · 12 ·
La gracia incógnita
I · 13 ·
II · 14 ·
II · 15 ·
La reina · 16 ·
Un hombre · 17 ·
Pecado original · 19 ·
Canción delirante · 20 ·
Tercera canción delirante · 22 ·
Síntesis · 23 ·
Elegía Platónica · 24 ·
Canción innominada · 25 ·
Corazón · 26 ·



*

Porfirio Barba-Jacob fue el seudónimo del poeta colombiano Miguel Ángel Osorio Benítez (Santa Rosa de Osos, 29 de julio de 1883 - Ciudad de México, 14 de enero de 1942). Hijo de Antonio María Osorio y Pastora Benítez, se crió con sus abuelos en Angostura y en 1895 inició un peregrinaje que lo llevó a varias ciudades del país y, a partir de 1907, a América Central y a Estados Unidos. La razón de cambiar su nombre por el original y enigmático Porfirio Barba-Jacob se debió a muchos problemas judiciales ocasionados por un homónimo de Ricardo Arenales, que fue otro de sus seudónimos. Su vida fue un continuo y desgarrado peregrinaje por diversos países de América. Estuvo radicado en Argentina, Guatemala, Honduras, Costa Rica, El Salvador, Cuba, Perú y México, colaborando con toda suerte en publicaciones literarias y políticas. Contradictorio, siempre propenso al escándalo, enriqueció la leyenda sobre su extravagante persona con una producción poética peculiar. Su espíritu errabundo,

lleno de pasión y de nostalgia, formó parte esencial de su obra, signada además por la angustia y la sensualidad. Murió de tuberculosis en 1942, encontrándose afincado en la Ciudad de México. Cuatro años después de su fallecimiento, en 1946, el gobierno colombiano trasladó sus restos a Colombia. Barba-Jacob fue abiertamente homosexual. La primera referencia a su homosexualidad se encuentra en el libro *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*, obra maestra del escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, escrita en 1914.



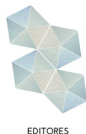
Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Colección Yarumo



NUEVAS VOCES



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

